

mo de tu edad! ¡Pero yo, aunque poco, sé más de la vida que tú! El pan del trabajo, hija mía, es muy amargo de ganar; pero, sin embargo, como tú has dicho muy bien, tenemos esperanza en Dios, y él no nos abandonará.

—¿Quién se ha llevado los bienes que eran nuestros?—preguntó Eugenio saliendo de la profunda preocupación que le embargaba.

—¡La revolución, hijo mío, la revolución nos ha arruinado, y sin embargo, más que la pérdida material de nuestros bienes, siento otra pérdida, la de un objeto que hubiera querido conservar siempre!

—¿Y qué objeto es ese, madre mía?

—¡La espada de tu padre! Cuando el desarme general de los ciudadanos se le recogió, y aquella espada gloriosa debía haber sido tuya.

—¡Lo será! repuso Eugenio con resolución.

—¿Qué dices?

—Que en vuestro nombre, madre mía, y en el mío, iré mañana á reclamar esa espada al general Bonaparte.

Un estremecimiento imperceptible agitó las delicadas cejas negras de Josefina al oír este nombre.

Tal vez ella misma no hubiera sabido explicar la sensación que experimentaba si le hubieran interrogado acerca de ella; pero la sensación fué tan rápida como profunda.

Su hijo lo advirtió, y le dijo afectuosamente:

—¿Acaso, mamá, tienes miedo á ese hombre admirable, al que yo considero como á un semidios?

—No participo de tu entusiasmo por él, respondió la vizcondesa, que había logrado dominar su emoción; pero tampoco le temo ni le aborrezco.

—¡Aborrecer á Napoleón Bonaparte!—repitió Eugenio:—¿Cómo puede ser eso? Siendo el más valeroso de los hombres, debe ser también el más generoso y justo, y seguro de esto, iré mañana mismo á pedirle la espada de mi padre.

XII.

Al día siguiente, y cuando el general Bonaparte acababa de vestirse para salir, le anunciaron que un joven, casi un niño, deseaba de él un instante de audiencia.

—No puedo ahora recibir á nadie—respondió Bonaparte, voy á salir.

El criado iba á trasmitir esta contestación, cuando pensando, sin duda, que aun podía disponer de algunos instantes y que quizá al día siguiente estaría más ocupado, llamó al criado después de consultar al reloj.

—Esperad—le dijo—ese joven ¿ha dado su nombre?

—Sí, señor, se llama el vizconde de Beaumarnais.

—¡Que pase al instante!—exclamó Bonaparte, que, al oír el nombre del hijo, pensó instantáneamente en la madre.

Algunos segundos después, Eugenio se inclinaba modesta y sencillamente delante de él.

—¿Qué deseáis, señor vizconde?—le preguntó el general mostrándole un asiento, y dulcificando todo lo posible la expresión severa de su fisonomía.

—Deseo, general—repuso el hijo de Josefina aceptando el asiento, y levantando al rostro de Bonaparte sus límpidos y hermosos ojos oscuros:—deseo una cosa muy justa.

—Decidla—respondió aquél, dejando asomar á sus labios una sonrisa.

—Lo que vengo á reclamar, general—repuso Eugenio herido por la sonrisa de Bonaparte—es la espada de mi padre, y la reclamo en el nombre de mi madre y en el mío.

—No sé si habréis reflexionado ya en lo grave de esta petición, señor vizconde—dijo el general, que quería ganar tiempo para contemplar detenidamente la bella figura del adolescente.

Este, en efecto, estaba dotado de un encanto irresistible; su estatura, alta ya para su edad, era esbelta y bien proporcionada; su talle flexible y varonil á la vez; resplandecía en su rostro una be-

lleza admirable, y el pensamiento flotaba en su mirada vaga y melancólica; aquella mirada tenía tanta pureza y limpidez, que permitía llegar hasta el fondo del alma sin dificultad alguna.

Un elegante, aunque sencillo traje, realzaba las aristocráticas maneras de Eugenio, que se parecía en la distinción á su padre, y á su madre en la graciosa belleza de sus facciones.

Su tez trigueña estaba vestida de esa ligera palidez tan bella cuando es natural; un bosque de cabellos de un castaño claro y armonioso se rizaba en gruesos bucles al rededor de su frente y sienes; sus grandes ojos garzos se hallaban guarnecidos de largas y sedosas pestañas, lo que daba á su altiva mirada una dulzura infinita.

Su boca, que ostentaba la incomparable frescura de la primera juventud, era algo grande, y de expresión firme y osada; prometía aquel niño una acabada belleza varonil y un carácter á la vez noble y suave, recto y flexible, dulce y orgulloso, para cuando saliera de la adolescencia.

La mirada de águila de Bonaparte leyó bien pronto en el fondo de aquella alma cándida y sencilla; y cuando dijo á Eugenio que no sabía si había reflexionado en la gravedad de la petición que iba á hacerle, había ya previsto su respuesta.

—Lo he reflexionado, general—dijo con seriedad Eugenio—y creo que al hacerlo estoy en mi derecho.

—¿Sabéis que el desarme fué una medida general, caballero?

—Sí, señor.

—¿Y que otras muchas familias están en el caso de la vuestra?

—Si todos reclaman con la justicia que yo, caballero, debéis satisfacerles; la espada de mi padre es para mi madre y para mi joya de inestimable valor, pues esa espada ha pertenecido á uno de los más nobles hijos de Francia, que la ha sacado siempre en defensa del honor de su patria, y para sostener sus libertades.

La llama del entusiasmo ardía en los grandes ojos del joven vizconde al hablar así; el general le contempló algunos instantes, y luégo le preguntó:

—¿Y nada más pedís que la espada de vuestro padre, señor vizconde?

—Nada más, general.

—¿Le han sido devueltos á vuestra madre los bienes de su esposo?

—No, señor, nada poseemos, y pensamos fiar nuestra subsistencia á nuestro trabajo.

—¡Qué decís! ¡La patria os ha despojado de ese modo tan completo! exclamó el general.

—La patria, no, caballero—respondió Eugenio con una indescriptible expresión de nobleza melancólica—la patria no, la revolución ha sido la que ha llevado á mi padre al cadalso y la que nos ha dejado pobres.

—La revolución era precisa, caballero —dijo Bonaparte;—la tempestad deja la atmósfera más pura cuando ya ha pasado.

—No seré yo quien os contradiga: mi padre aceptó la revolución, aunque fué víctima de los excesos que trajo tras sí; la tempestad, general, trae también el rayo que destruye y aniquila, no lo que es malo, sino á veces también lo que es bueno y útil; mas perdonad, general, si me he empeñado en una discusión que no debía, y decidme si me concedéis lo que solicito.

—Mañana, señor vizconde, tendréis en vuestra casa la espada de vuestro padre.

—¿De veras, general? ¿No me engaáis?

—Recibid la seguridad de mi palabra, y dádse-la también á vuestra madre, á la que os suplico digáis también, que en esta misma semana espero lograr se firme el decreto para que le sean devueltos los bienes de su esposo.

—¡Ah, general!—exclamó Eugenio, á cuyos ojos acudieron en tropel dos raudales de lágrimas. ¡Cómo podré yo explicaros mi gratitud ni qué os diré... ¡Oh! ¡No! ¡Yo no sabría! ¡Mi madre tiene más talento que yo, y vendrá conmigo á daros las gracias!

Yo iré á ponerme á sus órdenes esta misma noche, y seré el portador de la espada, repuso Bonaparte; así os adelantará algunas horas el placer de poseerla.

—¡Ah, general!—exclamó Eugenio:—¡bien digo yo cuando afirmé que sois uno de los más grandes hombres del mundo! ¡Ah! Si hubierais estado vos aquí cuando mataron á mi padre.....

—No le hubieran muerto, exclamó el general.

—¡Dios os bendiga por todo el bien que queréis hacernos! Y ahora, adiós, general, yo sólo soy ahora un niño de catorce años; pero mi corazón es vuestro para mientras viva.

—Algún día puede que os le pida—dijo el general:—no olvidéis entonces lo que ahora me decís, mi joven amigo.

--Jamás lo olvidaré.

Eugenio estrechó con fuerza la mano de Napoleón, y desapareció tras la cortina de seda.

—El hijo me hace desear más aun de lo que lo deseaba el corazón de la madre, murmuró el general; para educar así á un niño de las condiciones de éste, no basta un elevado talento; se necesita también un gran corazón... ¿Cuándo llegará la noche, y por qué no puedo yo apresurar la marcha del día?

Y Bonaparte salió muy pensativo después de haber tomado su sombrero y sus guantes.

En cuanto á Eugenio Beauharnais, se dirigió á su casa con paso rápido.

—¡Ah, mamá!—exclamó al entrar abrazando á Josefina.—¡Qué dicha! ¡Qué dicha tan grande y tan inesperada!

—¿Nos devuelve la espada de tu padre? preguntó la vizcondesa con ansiedad.

—Esta noche misma, el general Bonaparte te traerá la espada; y en esta semana alcanzará del Directorio la orden para que te sean devueltos los bienes de mi padre... ¡Madre mía, Hortensia, continuó Eugenio. ¡Ya no tendréis que trabajar para vivir, gracias á ese hombre, que es un semidiós!

XIII.

Josefina, al oír la noticia de que Bonaparte iba á ir á verla aquella misma noche, quedó pensativa y cavilosa.

La mirada tenaz de aquel hombre le había hecho una profunda impresión cuando le había hablado en casa de Barrás.

Había en la fisonomía de Napoleón algo tan importante, tan grande, tan augusto, por decirlo así, que no se le podía mirar impunemente, ni sostener con tranquilidad su mirada.

Eran cerca de las cinco de una hermosa tarde de primavera. Hortensia, que amaba mucho el campo, propuso á su madre un paseo por el Jardín de Plantas, y la vizcondesa, que anhelaba distraerse, salió con sus dos hijas.

Mucha gente se paseaba en aquel delicioso sitio:

algunos niños corrían á la vista de sus ayas, vestidos con gusto y primor, como otras tantas flores animadas de esa otra primavera de la vida.

Algunas jóvenes parejas sentadas á la sombra de los altos castaños de Indias, hablaban de amor: el aire estaba cargado de perfumes, y el cielo, vestido de un azul radioso y puro, parecía enviar á la tierra raudales de alegría.

Hortensia, que sólo contaba once años, se fué á pasear con algunas otras niñas de su edad: Eugenio sacó un libro de su bolsillo y se puso á leer: Josefina quedó sola y entregada á sus reflexiones.

Parecióle que aun tenía derecho á ser dichosa, y que la juventud enviaba á su corazón un dulce calor: por la primera vez desde su viudez, pensó en su marido sin aquel dolor amargo y penetrante que una desgracia irremediable deja detrás de sí en los primeros tiempos que se experimenta: su recuerdo estaba lleno de una dulce y tranquila melancolía, y le parecía que la sombra misma del vizconde le decía desde el cielo que tuviese esperanza en el porvenir.

Ya sus padres habían muerto, y su tía madame de Renaudin; pero el recuerdo del país donde había abierto sus ojos á la luz, estaba fijo en su memoria y allí volvía los ojos del alma, al pensar en el abandono y pobreza en que vivía.

El más grande dolor de la vizcondesa nacía entonces del enojo, de la dureza que la demostraba

madame Talliën: Josefina amaba á aquella excelente amiga con todo su corazón: Teresa Cabarrís había sido para ella en la desgracia una amiga generosa y sincera, y toda la ternura de Josefina estaba dedicada á su generosa amiga.

Pero ¿qué le había hecho para que así hubiera cambiado para ella? La actitud dolorosa de madame Talliën, cuando Bonaparte miraba á la vizcondesa, no dejaban duda á ésta de que entre su amiga y el general mediaban relaciones de amor, y de que los celos eran los que le enajenaban el corazón de su amiga.

—¡Cómo!—pensaba Josefina—¡una simple sospecha basta para herir ese corazón que yo creía todo mío! ¡Y será posible que Teresa, casada con un hombre que la adora, dé entrada en su alma á una pasión culpable! ¡No, no, eso no puede ser!... Pero si es, si realmente tiene relaciones de amor con el general, ¿por qué no me lo ha confiado? Acaso teme á mi severidad, ¿ó es que no me cree ya digna de su confianza?

El crujido de un traje de seda interrumpió el monólogo de Josefina.

Una mujer había llegado sin hacer ruido por un bosquecillo de rosales que había á su espalda, y se hallaba ya al lado suyo.

A pesar del velo que la cubría el rostro, la vizcondesa vió al través del delicado tejido del encaje dos bellos y rasgados ojos negros que le eran

bien conocidos, una frente de Diana, y una boca de coral y perlas: el rostro, en fin, de Teresa Cabarrús.

Esta venía agitada y con el corazón palpitante: detúvose un instante al lado de la vizcondesa, que la miraba un poco sorprendida; y al fin, alzando el velo, le preguntó con voz trémula:

—Josefina, ¿quieres oirme un instante?

—¿Puedes dudar de que soy toda tuya?—exclamó la vizcondesa tomando las manos de su amiga:—vamos á mi casa.

—No... no, aquí...—repuso madame Talliën—aquí podemos hablar, mi marido me espera.

—Sea donde te parezca mejor—repuso Josefina.

Teresa se sentó á su lado, acabó de alzar el velo que ocultaba su hermoso rostro, y entonces la vizcondesa pudo ver la marmórea palidez que cubría sus mejillas.

—¿Qué te sucede?—exclamó—¿qué tienes?

—Todo lo vas á saber—respondió madame Talliën—y tu decidirás de mi suerte.

—¡Yo!—repitió asombrada la vizcondesa.

—Tú: se halla en tus manos.

—Si así fuera, serías la más feliz de todas las mujeres, mi amada y generosa Teresa.

—Oye—dijo madame Talliën, á quien el amoroso arranque de su amiga había hecho sonreír amargamente:—óyeme con atención, y si el sonrojo viste alguna vez mi frente, no lo extrañes.

Yo me casé con Talliën creyendo amarle, por-

que amor creí la tierna afección que le profesaba, y la alta estimación que hago de sus prendas: feliz con este amor he vivido algunos años, y hubiera vivido siempre, si un hombre no se hubiera atravesado en mi camino.

Josefina tembló.

Ese hombre, prosiguió Teresa, fijó en mí su atención antes de que yo fijase en él la mía; tal vez, á no ser por su empeño, no hubiera yo reparado en él: pero me perseguía á todas horas, le veía en todas partes, y mi propio corazón le ayudó en su empresa; en fin, Josefina, yo llegué á tener relaciones amorosas con el general Bonaparte.

—¡Conque era verdad! exclamó la vizcondesa, mirando á su amiga con una conmiseración profunda.

—Era verdad.

—¿Y así has podido faltar á la fe conyugal?

—¿No has faltado nunca tú?

—¡Jamás!

—Te creo, pero tu virtud es nacida de las circunstancias favorables que te han rodeado: retirada con tu marido del ruido y de la agitación, sin tentación alguna, no es extraño que no hayas caído; si estuvieras en mi lugar...

—¡No caería tampoco! respondió la vizcondesa, cuyas mejillas se tiñeron de carmín.

—¿Quién sabe? repuso Teresa con una burlona sonrisa; veremos.

—Ahora, aunque amase, no sería caer, dijo Josefina levantando la cabeza con orgullo: soy libre y dueña de mi voluntad.

Teresa Cabarrús guardó silencio, como si aquella respuesta la hubiera anonadado: la expresión de su rostro se fué dulcificando poco á poco, y murmuró con un suspiro.

—¡Tienes razón!... tú eres libre, y puedes sin rubor amar y ser amada... pero contéstame...

Y aquí madame Tallián se detuvo como cortada por un penoso rubor.

—¡Habla! dijo afectuosamente Josefina: nada temas, á todo lo que me preguntes te contestaré.

—¿A todo?

—A todo.

—Pues bien... ¿Amas á Bonaparte?

—¡Yo! exclamó la vizcondesa: sólo le he visto una vez; la noche que me llevaste á casa de Barrás.

Y eso, ¿qué importa? ¡A ese hombre se le ama así que se le ve! Así le amaba yo, sin saberlo siquiera.

—Teresa, dijo Josefina, cuando yo ame, sabré por qué y á quién amo: por ahora te puedo decir que no profeso ninguna clase de amor al general, pero que sí le profeso gratitud.

—¿Por qué? exclamó Teresa saltando en el asiento de césped que ocupaba, como si la hubiera mordido una víbora.

—Porque ha ofrecido á Eugenio que nos de-

volverá la espada de su padre, y una parte de nuestros bienes.

—¿A ido á verle Eugenio?

—Esta mañana.

—El no quería creer que tuvieras hijos de esa edad—dijo madame Tallián con una sonrisa.

—Pues ahora se habrá convencido de que los tengo.

Y á los labios de la vizcondesa asomó otra sonrisa más bella que la de su amiga; pues aquella era la del triunfo de los celos, y ésta la de una sublime confianza.

—Y... ¿recibió bien á Eugenio?—preguntó Teresa, siempre recelosa é inquieta.

—Perfectamente, y le ofreció que esta noche iría él á mi casa á llevarme el decreto para que se me devuelva mi fortuna.

—¡Santo Dios!—exclamó Teresa palideciendo: ¿va esta noche á tu casa?

—Sí: ¿qué hay en ello de extraño?

—¡Que estoy perdida!

—¿Por qué?

—El general está enamorado de ti.

—Dado caso de que lo estuviera, ¿qué importa, si yo no lo estoy de él?

—Lo estarás.

—Te equivocas: ¿crees que soy tan fácil de impresionar? ¿Has visto en mí alguna flaqueza que te haga suponerlo?

—¿Quién resiste á Bonaparte?

—Yo acaso: en fin, querida Teresa, para acallar tus celos, admite la sola seguridad que te puedo dar.

—¿Cuál es?

—Asiste oculta á la entrevista que con él voy á tener esta noche.

—¡Gracias, Josefina!—exclamó la pobre Teresa estrechando las manos de su amiga;—mil gracias, tú eres muy buena y muy generosa, pero yo no debo admitir.

—¿Por qué?

—¡Eso sería humillarme mucho!

—¡Ay mi amada Teresa!—exclamó Josefina,—mucho más te has humillado admitiendo el amor de ese hombre ni el de ningún otro, estando casada con quien tanto te amaba, y que tan digno es de tu cariño.

—Eso ya no tiene remedio, contestó sombríamente Teresa, pero á lo menos, ya no me rebajaré más de lo que estoy: dame solamente tu palabra de que no oirás las palabras de amor de ese hombre.

—¿Quieres acaso que me tape los oídos?

—¡Josefina, eres cruel!—exclamó amargamente madame Talliën:—nunca lo hubiera esperado de tí!

—No soy cruel, sino veraz, amiga mía—observó la vizcondesa;—¿por qué te he de prometer lo que no te podré cumplir? No creo que el general sienta

nada por mí, y si me dice algo, será por pura galantería y nada más; pero yo no puedo impedirle que hable, caso que lo tenga á bien.

Teresa inclinó la cabeza con profundo y amargo desaliento.

—Estoy perdida, repitió, y digo perdida, porque para mí es peor que la muerte el verme privada del amor de Bonaparte.

—¿Tanto le quieres?

—Como le querrás tú.

—¡Yo! repitió la vizcondesa—¿pues acaso piensas tú que yo he de amar á todo el que se me acerque?

—¡No! Pero ese hombre no se parece á ningún otro.

—Dado caso que así sea, ¿quién sabe si él piensa en mí?

—No piensa en otra cosa.

—Mi pobre Teresa, dijo Josefina, tu imaginación acalorada te lo aumenta todo: ese hombre te ama, estoy segura de ello; ¿no eres bella y buena? ¿no estás dotada de un talento superior?

—¡Ojalá fuera así!

—Y así es; pero, amiga mía, cada falta lleva en sí misma su castigo, y el de los amores culpables es una desconfianza incurable; es la zozobra de todos los instantes; es el temor de perder lo mismo que causa nuestra desdicha. Teresa, ¿por qué no has conservado la tranquilidad de la conciencia y

la alegría del alma? ¡Esos solos son los bienes positivos de la tierra!

—¡Mi corazón ansiaba amar!

—¿Por qué no amas á tu marido?

—¿Acaso se manda al amor?

—Con la razón, sí.

—Tú serás virtuosa toda tu vida! exclamó con amargura madame Talliën, porque el temple de tu alma sólo necesita de tranquilidad.

—¿Y el de la tuya?

—Necesita las tempestades.

—Te compadezco, pues.

—¡Y tienes razón!

—¿No vendrás esta noche para asistir á mi entrevista con el general, dado caso que venga él?

—¡Oh! No faltará. No lo temas.

—Lo temo, pues, porque se trata de la fortuna de mis hijos; pero ¿tú no vendrás?

—No.

—Lo siento, pues te irías tranquila.

—¡No! No quiero exponerme á esta prueba cruel, ni quiero tampoco descender á tus ojos, dijo madame Talliën levantándose: me basta con que tú sepas que le amo, y que he sido amada por él.

Y dichas estas palabras, Teresa Cabarrús estrechó la mano de su amiga y desapareció.

Josefina quedó pensativa y cavilosa, según quedaba siempre que oía pronunciar el nombre de Napoleón Bonaparte; y poco después llamó á sus

hijos, que se paseaban á corta distancia, y se volvió con ellos á su casa.

Cuando llegó, se halló sobre una de las consolas de la sala la espada que había pertenecido á su marido: le había sido remitida por el general Bonaparte; con un billete que decía así:

«Esta noche á las nueve, el general Napoleón Bonaparte tendrá la honra de pasar á saludar á la vizcondesa de Beauharnais, y en tanto, le remite el objeto que ella y su hijo estiman con tanta razón.»

XIV.

Acaso sin darse cuenta ella misma del porqué, puso Josefina aquel día más esmero en su tocado que los anteriores.

Tenía la costumbre de vestirse para comer, pero en aquella noche buscó entre el reducido número de sus vestidos el que mejor podía estarle de todos, y eligió al fin uno verde con ramos de raso blanco, cuyo gracioso corte hacía resaltar la elegancia de su talle.

Hortensia se puso un traje blanco, y así ataviada, con sus largos cabellos rubios sueltos en rizos y su peregrina y fresca belleza, se asemejaba á la joven Hebe, según nos la pinta la mitología.